

para hacer su inevitable juicio sobre Don Ahmed, dejo constancia expresa que él había dejado previsto y depositado en la escribanía, el dinero con el que pagar los gastos de su funeral, mis honorarios como notario, los costos de los traslados y los viáticos del que suscribe y de un acompañante en caso que yo lo considerara necesario. El monto calculado resultaría suficiente para cubrir los conceptos con holgura, a tal punto que mi asistente, el entonces estudiante de bachillerato Luis Carlos Domínguez, hoy funcionario de la compañía estatal de teléfonos, resultaría premiado, de nuevo repito y resalto, de acuerdo a la voluntad de Don Ahmed, con la suma de doce pesos con cincuenta. Esta cifra duplicaba lo que por concepto de remuneración habíamos acordado con Luis Carlos. Finalizada la última de las gestiones que me había encomendado y mientras conducía de regreso a Minas caí en la cuenta que Don Ahmed, un perfecto desconocido para mí, me había estudiado al detalle antes de depositarme su confianza, junto con su voluntad y el dinero para llevarla a cabo. Así, en su primera visita a mi escritorio y en conversaciones supuestamente banales, me había consultado por mi disposición y habilidad para conducir, la marca, el modelo y el año del auto que poseía, si gustaba de cazar o pescar, si era aficionado a las armas, así como sondeó mis conocimientos de la región este del Uruguay, pueblos y conocidos. Que yo conociera más de carreteras, de caminos y de distancias para llegar a lagunas y ríos con buena pesca y a campos con perdices, que de los pueblos que se encontraban en el trayecto y de sus habitantes, le resultó un detalle muy interesante. Esta información, que obtuvo en conversación casual, creo que fue determinante para que contratara mis servicios. Sobre mi solvencia como profesional con, por ese entonces, veinte años de actividad sospecho que la fuente de información haya sido otro cliente libanés residente en Minas, Don Salomón Nassif Burya. Mientras tuve oportunidad no